

Y pisa fuerte

POR IVÁN LOMSACOV.

La experiencia de un reconocido dibujante cordobés que, como muchos argentinos, todavía carga con la amenaza latente de ese monstruo grande que se instaló en su interior: el caos bélico en el que lo sumergió la última dictadura militar cuando todavía navegaba la adolescencia.

67



Varios que tratamos personalmente con Pepe Angonoa durante años pero sin ser íntimos apenas sabíamos que él fue un colimba enviado a la guerra de Malvinas. Los miles de lectores de sus chistes, mucho menos. Él no andaba por la vida presentándose con ese pasado; y en contadas ocasiones lo mencionaba.

Algunos nos enteramos por un recuadro de una nota publicada en La Mañana de Córdoba en la segunda mitad de los 90, mientras Angonoa colaboraba con ese diario y contó en la redacción una sorprendente anécdota en la que su pasión, el dibujo, le había traído una gran complicación en las Islas. Pero semejante transparencia del tema fue toda una excepción en el Pepe de esa época, que pronto se replegó a su silencio. Y como suele pasar ante un callo que supuestamente no hay que pisar, aunque el dato corría de boca en boca en el ambiente, la mayoría no nos atrevimos a hablar del asunto con él, a preguntarle nada.

Nos admiraba que al tipo, haber vivido semejante tragedia, no se le notara. ¡Era (y es) humorista gráfico! Y no era (no es) como muchos colegas suyos que en persona, fuera del papel, son más bien tímidos o hasta apagados. En "el gremio", Angonoa era (y es) de la rama de los graciosos: enérgico y extrovertido, siempre tenía (y debe tener aún) una oportuna ocurrencia para vociferar, tanto en un asado como en las típicas charlas "de los autores con el público". Sabiendo el destino fatal que gran cantidad de ex com-

batientes habían tenido y el sufrimiento que muchos otros aún evidenciaban, admirábamos lo entero que se lo veía. Olvidábamos que, como suele decirse, la procesión va por dentro.

Al borde

Cuatro meses atrás, casi 30 años después del 82, Pepe estuvo al borde de sumarse a una dramática e imprecisa cuenta que aumenta cada año: más de quinientos argentinos que participaron en la guerra de Malvinas se quitaron la vida a lo largo de estas tres décadas, abrumados por el estrés postraumático.

"Desde varios días antes tenía como una paranoia –me cuenta poco después del 2 de abril, dispuesto a contar todo lo que sea necesario sobre su paso por aquella guerra y sobre sus consecuencias–. Estaba sentado en la cama y veía una sombra. Iba para mi departamento y caminaba por la calle, porque me parecía que en los árboles había alguien agazapado para hacerme daño. Mirá: se me pone la piel de gallina... Estaba con una desesperación inimaginable. Era el estrés postraumático que tenía. ¡Una cosa terrible! Entonces pasó eso: una noche me sentí mal, mal, mal y en un acto de locura traté de... matarme".

Fue una decisión repentina, tomada en medio de una crisis nerviosa. Pero no fue la primera vez que ese impulso pasó por su cabeza. A esa altura, Angonoa llevaba muchos años de sucesivos tratamientos terapéuticos contra el malestar que cada vez se le hacía más manifiesto aunque lo disimulara. Y aún así ya se había acercado a ese abismo: *"Aquella vez, bajo medicación y todo, hice un plan más consciente... Pero no llegué a concretarlo. Fui a una psiquiatra, lo tratamos y zafé. Es inexplicable... Con todo el sentido que tiene mi vida: tengo hijos y los amo, y a mi esposa. Tampoco tenía que ver con lo económico... ¡Pero estaba mal!"*

Buscar la salida

El intento de suicidio en el que Pepe sí llegó a herirse, providencialmente descubierto por un amigo que le evitó desangrarse, lo mandó algunos días a una clínica psiquiátrica. *"Como había tenido alucinaciones, me dieron medicación para problemas mentales como esquizofrenia y ese tipo de cosas. Después me la sacaron", repasa. "¡Y decía chistes cuando estaba internado! –exclama divertido, liberando ese humor que todavía lo caracteriza–. Me hacía chistes yo mismo: le mandaba un mensajito a un amigo y lo firmaba 'Pepe, el aspirante a faquir' ". "Los que me conocen, siempre me han visto haciendo chistes y...*

Pero eso también es una forma de buscar la salida, sin darme cuenta", adelanta, y después va a abundar en esa cuestión.

"Creo que ya estoy bien –me dice, se dice, cerca del tablero donde ha vuelto a poner en imágenes su ingenio para la gracia y la reflexión–. No bien del todo. Nunca estuve bien del todo. Nadie está bien del todo. Pero trato". "Es una cruz que voy a llevar de por vida... –agrega, y se refiere a una vulnerabilidad anímica que la experiencia bélica deja como lastre–. Es difícil, porque la vida te pone a prueba a cada rato. La guerra ya pasó, ya está. Pero todos tenemos pequeñas o grandes guerras: sufrimientos, pérdidas de seres queridos... Esta vez el disparador fue equis problema actual, pero podría haber sido cualquier otra cosa".

Miseria humana

Pepe tiene mucho para contar de aquellos 70 días imborrables que sobrevivió en las Islas. Los componentes del relato son tristemente célebres: junto a los bombardeos enemigos, la precariedad de las condiciones, el hambre y el frío extremos, las armas rotas, el maltrato tiránico que los superiores ejercían sobre los conscriptos, la improvisación de los mandos... Y todo eso lo atravesó a él en carne propia, como a cientos de miles de 18 o 19 años que no habían elegido ser soldados y que apenas habían recibido una instrucción militar de dos meses. Pero Angonoa siente que lo que más lo marcó fue *"la miseria humana"*. *"En esas circunstancias te encontrás con la podredumbre que realmente es el ser humano... Con lo poco solidarios que somos –explica–. Y es horrible encontrar que vos también sos... un grado de miseria tenés. Notar eso fue muy duro. A mí me dañó mucho".*

"Después te das cuenta que en la ciudad la vida es una selva y que también existe la miseria humana, pero en aquella situación extrema se nota más", reflexiona el dibujante, y comparte que aquel hundimiento en la vileza desenmascarada le dejó un detector de actitudes e intenciones ruines imposible de apagar: "Soy de darme cuenta más rápido que los demás cuando una persona... Y hay cosas que son menores, que las tenés que aceptar aunque entren dentro de la miseria humana, porque nadie es perfecto. Pero hay otras que no, que sabés que a la larga te van a traer problemas. En-

tonces me alejo. Y eso también me trajo problemas".

Un bloqueo

Ahora Pepe cuenta todo lo que vivió en la guerra. Quiere y puede hacerlo. Pero durante mucho tiempo no pudo: *"Cuando volví a Córdoba (en agosto del 82), estuve como seis meses sin llorar. Cuando bajamos del colectivo, yo veía a todos llorar y no se me caía una lágrima. De alguna forma había hecho un bloqueo como defensa. Por ahí venía algún pariente a visitarme y se ponía a llorar. Y a mí, ni una gota. Hasta un día que comimos un asado, tomé mucho alcohol, me desinhibió, empecé a contar cosas y me largué a llorar. Me destapé. Pero después estuve diez años, o más, sin poder hablar del tema. Porque cuando hablaba, me largaba a llorar. Los problemas psiquiátricos empezaron diez años después, una cosa así... Aunque yo ya traía violencia... algunas cositas que la gente que me conoce de chico había notado".*

"Yo me había 'desmalvinizado' –recuerda–. No le comentaba a nadie que había estado allá..."

No iba a las reuniones de ex combatientes... No me gustaba: se vestían como soldados, y yo no quería saber nada con ver un militar". Sin embargo, mientras él no hablaba de lo que había vivido, los chistes que

dibujaba hablaban por él: "Después, en sesiones terapéuticas, notaron que fui canalizando en el humor para tapar todo eso oscuro que me había pasado. El humor lo llevaba de siempre, mis dibujos eran humorísticos. Y esto de Malvinas me impulsó más a hacer cosas con humor. Los primeros chistes míos, muchos de los que publiqué cuando entré en Hortensia, son de humor negro".

En chiste

De aquella etapa iniciática de Angonoa como humorista gráfico profesional y de algunos años después son varios chistes sobre guerra, poblados de soldados y parcas huesudas. Y también datan de esas épocas otras elaboraciones humorísticas del drama que lo corroía por dentro: *"En una época hice un montón de chistes de suicidas. Todos esos de 'Señor Juez'... Pero con el tiempo me empecé a enterar de que se había suicidado un compañero, después otro... y otro... Y de esos chistes no hice más. Pero no me lo propuse forzado: no me salieron más. Después me cayó la ficha: era una forma de canalizar todo ese dolor silenciado".*

El silencio de Pepe sobre lo que había sufrido en el Atlántico Sur era mayormente una barrera autoimpuesta, y en gran parte inconsciente; pero en alguna medida también había sido espoleado: *"Antes de mandarnos de vuelta a casa, en el regimiento de Comodoro Rivadavia nos reunieron y nos dijeron: 'Ustedes no hablan nada con nadie, no cuentan nada*



de nada. '¡Guarda la tosqueta!', decía uno. '¡Que no me llegue a enterar...!'. Pero no fue por eso que yo no hablaba, sino que me hacía mal".

Hora de hablar

De a poco, tras probar distintas ayudas profesionales, Pepe llegó a la certeza de que hablar le hace bien: "El tiempo me ayudó a poder tocar el tema. Y discutirlo". Es que tiene muchas cosas que decir sobre la cuestión Malvinas, además de contar lo que le tocó vivir hace 30 años; y las dice con una sinceridad sin tapujos: "Me gustó, el otro día (por el 2 de abril) en el mensaje de la Presidenta, la parte de encarar de manera diplomática, bien pacifista, para recuperar las Islas. Pero no creo que recuperemos las Islas. Tendríamos que recuperar la riqueza que hay en ese mar. Ya el territorio, no creo que podamos recuperarlo. Incluso los isleños se pueden llegar a independizar de Inglaterra, y argentinos no se van a hacer... Es políticamente incorrecto que un ex combatiente diga estas cosas, suena antipatriota, pero yo lo pienso así. Además, en este momento en Argentina tenemos varias 'Malvinas' que defender y las estamos dejando pasar: la minería, el agua... Y en otras cosas, no sé quien asesora a Cristina... Dijo 'Vamos a construir un hospital para los ex combatientes en Buenos Aires'. ¡Y hay ex combatientes en todo el país! No aplaudo esas decisiones... No todo lo que se está haciendo por nosotros está bien. Yo, como ex combatiente, lo ten-

go que decir. Ahora estoy haciendo un reclamo judicial al Estado. No es justo que no lo haga. Así que ahora tengo que ver a una junta médica militar. Les voy a plantear lo que me pasó: los sucesivos gobiernos se olvidaron, nos dejaron... Todos. Especialmente el de Alfonsín, que quiso separar a los militares por un lado, nos metió a nosotros en esa bolsa y no nos dio nada, ni atención médica... ¡Y ahora el psiquiatra lo pago yo! Hace seis años...".

"Tampoco estoy muy de acuerdo con el mensaje de la mayoría de los ex combatientes –continúa trasluciendo su independencia de criterio–. 'Volveremos'. ¡¿A dónde volveremos?! Un amigo de allá que todavía veo me dice: 'Yo voy a juntar para viajar a la Isla'. 'Yo también', le digo, 'Me gustaría ir a la Isla Margarita'. '¡Dejate de hinchar las bolas!', le digo, '¡Te vas a cagar de frío, vas a ir al cementerio y vas a llorar como una novia! ¡¿A qué vas a ir?! ¡¿Sabés todos los mambos que te puede...?! ¡Es una caja de Pandora al pedo!'. 'Es una cuenta pendiente que tengo que cerrar', me dice él. '¡Cerrala de otra forma!', le digo".

En eso está Pepe hoy: buscando su forma de cerrar esa historia, de cerrarla bien para seguir adelante. Y para cerrarla, le ayuda contarla. 🗣️

SALVAVIDAS

Antes de la guerra, Pepe Angonoa ya venía cultivando su vocación por el dibujo humorístico: "Antes de entrar a la colimba, había abandonado la nocturna y me estaba tomando un año sabático. En esos meses iba a un viejo almacén que era como un bar, 'el almacén de Manolo', de Manuel Wayar, en Lavalleja y Cervantes. Un lugar increíble donde nos juntábamos como 25 tipos a tomar y fumar. Yo me sentaba en una banqueta y dibujaba. Hacía caricaturas, y cada vez me salían mejor, así que dije 'Me voy a presentar en la revista Hortensia'. Y no, no me presenté...". Es que sabía que le quedaban unos meses para que le llegue el llamado al servicio militar obligatorio, así que se fue de mochilero a recorrer el país con amigos. Y cuando andaba por Catamarca o Tucumán se enteró de que lo habían convocado.

Su carrera laboral como humorista gráfico se inició poco después de Malvinas: "Cuando volví, me anoté para estudiar dibujo en la Spilimbergo, y antes de terminar ya había conseguido trabajo en Hortensia y en Erotición (de Buenos Aires). Y de ahí no paré más". El "no paré" incluye haber ganado el Salón de Humor Municipalidad de Córdoba ahí nomás, en el '86, haber colaborado en una cincuentena de diarios y revistas de Argentina, Chile, Ecuador, España, Inglaterra y Estados Unidos, y haber publicado cerca de veinte libros.

A diferencia de lo que le pasaba en los 80 y 90, desde hace algunos años Angonoa maneja el humor como herramienta de expresión de manera totalmente consciente. Hoy, nuevamente lleno de proyectos, tiene muy claro que el humor fue, y es, para él mucho más que una profesión: un salvavidas: "Ocupa un montón en mi vida. Estar buscándole la vuelta a cualquier tema con humor, que tu cabeza siempre esté buscando ese chiste, te sirve. Aunque lo hagas para un editor, un poquito te queda a vos. Saber que estás trabajando en algo para reír, para dar alegría, sirve"; asegura, aunque sabe que a veces el humor es un remedio agríndice: "También hay temas que no son alegres; y no hago 'chistes', hago dibujos para reflexionar pero con mi estilo humorístico. Y sobre la guerra en sí, más allá de Malvinas, hago un montón: sobre la invasión a Afganistán, sobre Irak, Guantánamo... Y todos esos dibujos son mensajes de paz. La guerra es un tema que me llama mucho a dibujar. Pero me pasó estar dibujando sobre alguna de las guerras que hacen los yanquis y largarme a llorar...".

